

10. La transición vista desde Alemania y otros relatos

El periodo de tiempo en el que estuve en el paro (junio del 75 hasta febrero del 76) fue muy fructífero en muchos sentidos. En el terreno estrictamente personal, porque inicié una relación seria con una mujer que militaba en Arbeiterpolitik, lo que da una mayor estabilidad síquica y, por decirlo así, aumenta el deseo de vivir. Duró casi 4 años, hasta mi vuelta a España.

Además de los estudios sobre la historia de España que cité en el capítulo anterior, la agonía del régimen franquista dio lugar a una expansión de los grupos políticos de oposición por Europa divulgando sus propuestas. Con más tiempo libre pude acercarme más a los actores.

En la fábrica de la que fui despedido había un joven español que militaba en el FRAP y me puso en contacto con su organización, concretamente con una joven, a todas luces dirigente, que se reunió conmigo varias veces, acompañada de otros cuatro jóvenes, poco formados a los que trataba como pupilos. Una amarga experiencia.

Pero antes de relatar mis desventuras con esa chica y los suyos, voy a detenerme en este joven del FRAP, que ilustra un poco más la vida en Alemania de los emigrantes españoles. Vivía en una funeraria que tenía el taller de montaje de ataúdes en los bajos y en el primer piso, dedicado a almacenar los que estaban terminados, el dueño había separado, con mamparas hasta el techo, dos habitáculos para alquilarlos como vivienda para extranjeros. Conocí la vivienda porque me invitó a su casa a comer. Las paredes eran paneles de algo parecido a escayola o cartón piedra o no sé qué. Después de subir y caminar entre ataúdes por una especie de almacén-vestíbulo se entraba por la puerta directamente al dormitorio, algo abuhardillado. A un lado estaba una puerta que daba a la cocina, muy pequeña, pero con una mesita para comer. El lavabo estaba fuera, en el vestíbulo, y servía para él y su compañera y para otra pareja que vivía en el otro habitáculo, en las mismas condiciones que ellos. Su mujer trabajaba también y llegaba del trabajo a la misma hora que él. Nos sentamos en la cama a charlar y la mujer se fue a la cocina a preparar la comida. Siendo gente de izquierda, me atreví a preguntarle a ella: ¿Qué pasa, este no te ayuda en

la cocina? Y me respondió algo enfadada: “Yo no quiero cocinillas conmigo.”

Resultó que a este compañero le despidieron el mismo día que a mí. Estaba también de baja porque se había accidentado y tenía una herida en un pie. Él mismo me dijo que cada vez que iba a curarse, se azotaba la herida con una zapatilla para que sangrara y así prolongar la baja. Me encontré con él en el barrio y le dije que había ido al abogado del sindicato. Se enfadó conmigo, diciendo que lo lógico en un camarada es que yo le hubiese avisado para ir juntos. El caso es que yo ni sabía que lo habían despedido cuando fui al sindicato. Le pregunté si estaba afiliado y me dijo que no. “Pues ya conoces a los alemanes, si no estás afiliado no te atendería, con toda certeza. Fue lo primero que me preguntó la secretaria, en un tono que no admitía más que una respuesta”. Y me respondió así: “Entonces le tendrías que haber dicho que o nos atendía a los dos o a ninguno. Tenemos que ser solidarios”. Ni me imagino el cuadro de un extranjero intentando chantajear de esa manera a un abogado alemán. Nos habría mostrado la puerta de inmediato. Claro que si yo hubiese sabido que lo habían despedido, habría

preparado un esquema e intentado algo con buenas maneras, apelando al corazoncito del abogado. Creo que este episodio tuvo efectos secundarios, como veremos ahora.

Con motivo de una conferencia que iba a dar Ruiz Jiménez en un local de Frankfurt, a la que pensaban asistir, me permití darles algunos consejos a la chica y a los suyos respecto a cual debería ser nuestra actitud. En líneas generales, propuse que prestáramos atención a su disertación y buscáramos sus puntos débiles, (que no debían ser pocos, tratándose de ese tipo de oposición que él representaba) para incidir sobre ellos y ponerle contra las cuerdas. Tratándose de marxistas (como alardeaban ser) no sería difícil romperle el esquema. Me escucharon callados, pero cuando llegó el día y me encaminé al local, me encontré con una serie de lemas que habían escrito por la noche en algunas paredes cercanas al recinto, tachándole de fascista. No dije nada, pero asistí a un lamentable espectáculo. La asistencia no se componía precisamente de obreros, y había que obrar con habilidad. Para que se curtieran, yo no intervine, me limité a esperar. ¿Y por dónde atacaron? Cuando acabó se lanzaron

a decirle que había otros “modelos de democracia” que no había citado. Él se engallitó y les preguntó que cuáles. Y ellos respondieron de inmediato “Pues como China y Albania” (los dos ídolos del FRAP). Allí acabó todo su repertorio. La audiencia nos miró con lástima y no hubo más. En la siguiente reunión les dije que ese no podía ser el camino. Me extendí un poco explicando cual debía ser, a mi entender, la forma de actuar en una reunión de ese tipo y con ese público para llegar a la audiencia a reflexionar. Creo que era mucho para ellos y no me entendieron muy bien.

Unas semanas después me invitaron a un acto a lo grande en otra ciudad de Alemania, que no recuerdo cual era. Llegué al lugar marcado del cual saldría un autobús y me encontré con que había mas gente que plazas en el autobús. Además iban tres con guitarras que pensaban amenizar el acto y no tenían asiento. Así es que les ofrecí ir en mi coche y lo aceptaron.

Al acto asistieron alrededor de 300 personas. Era un mitin con una serie de exaltados que se sucedían al micrófono, e hicieron una colecta entre el público (había muchos estudiantes

alemanes) con unas cestas en las manos para - decían - comprar armas para el pueblo. Mi asombro no duró mucho, porque vinieron los que había para mantener el orden y sin más ni más me convidaron a marcharme. Me quedé de piedra y en la corta discusión apareció la chica de Frankfurt y respaldada por los vigilantes me acusó de ser un policía disfrazado, porque, según ella, en la última reunión que habíamos tenido en Frankfurt, yo miraba a mi reloj de muñeca con mucha frecuencia, lo que significaba que en él había un micrófono, y yo estaba grabando todo. La luz se me hizo al instante: El episodio con Ruiz Jiménez y mi crítica posterior, amén de lo que yo venía diciendo en las reuniones, la llevaron a temer que le arrebatase el ascendiente que tenía sobre sus pupilos y decidió cortar por lo sano. También debió de influir lo que les contase el que despidieron de la fábrica. Después he podido saber que era un procedimiento usual entre los grupos clandestinos cuando alguien se salía de los cánones. El mundo al revés, porque los policías infiltrados se caracterizaban precisamente por no llevar la contraria a nadie para no destacar de los demás.

La siguiente experiencia fue con el PSOE En una fecha cercana que no recuerdo, el Partido Socialdemócrata Alemán programó un acto con la presencia de Felipe González, por aquel entonces conocido como Isidoro. Iba a hablarnos del futuro de una España sin Franco. En un mediano local público, sentaron en el estrado los pesos pesados del Partido con Isidoro en la frente. En el salón de butacas, lleno a rebosar, pusieron un micrófono con pie para que el público pudiese hacer preguntas o comentarios después de su intervención. Hicieron una corta presentación y después pasó a hablar Felipe de sus planes. Antes advirtió que si teníamos algo que preguntar o aclarar, nos dirigiésemos a aquel micrófono, uno tras otro, y nos respondería a todos en bloque.

No recuerdo cuánto tiempo habló, acaso 40 o 50 minutos. Observé que excepto yo y unos jóvenes alemanes con aspecto de estudiantes, nadie tomaba notas. La disertación se puede imaginar situándose en la tesitura en que se encontraba la actividad política en España. Claro que han pasado 34 años desde entonces y puede haber jóvenes que la desconocen. En pocas líneas: Había un bullir de Partidos y de políticos buscando

los huecos para ofrecer sus propuestas de cara a una previsible elecciones libres. Desde entonces hasta hoy es mucho lo que se ha descubierto de lo que sucedía tras las bambalinas y aquella conferencia o mitin de Felipe González se puede enmarcar en la ya conocida trama del Partido Socialdemócrata Alemán, al alimón con la CIA, para evitar que el Partido Comunista tomase posiciones entre los trabajadores, siempre con las elecciones en su perspectiva.

Quizás fue porque no conocía esa trama, me extrañó que Felipe hiciese hincapié desde el principio en afirmar que el PSOE no es un partido socialdemócrata, sino socialista. Esto, delante de la plana mayor de la socialdemocracia alemana, que no tuvo nada que objetar. Aquello era pues un montaje bien estudiado para potenciar la figura de Felipe. Cabe preguntarse por qué se inclinaron por este individuo y no por Llopis, que encarnaba mejor la figura de la resistencia al franquismo. Todo indica que en Suresnes ya estaba la mano larga de la socialdemocracia alemana. ¿Cuál era la cualidad principal que apreciaron en Felipe para impulsar su ascensión? Indudablemente, su ambición personal y sus dotes para la

interpretación. No apto para debates serios con pocos asistentes ni para profundizar en sus propios conocimientos. Un tuerto entre ciegos, amante del micrófono y proveedor de energía para las molleras menos desarrolladas.

Más o menos, esas fueron mis conclusiones sobre su persona, aún sin conocer la trama que le envolvía. Nos dijo que se podía lograr mucho si se conseguía tomar el poder político, habló de la “democratización” de las instituciones, incluido el Ejército, con escuelas militares que formasen en la democracia, habló de ir conquistando poco a poco “parcelas de poder”, etc. etc. Todo por medios pacíficos y civilizados. Nada que dejase entrever que el periodo franquista no había sido otra cosa que la continuidad por otros medios del peculiar desarrollo del capitalismo español.

Los primeros dos o tres que salieron al micrófono eran sus adeptos, que se deshicieron en elogios al PSOE y al propio Felipe. Con toda seguridad, miembros de UGT enchufados en los sindicatos alemanes. Después entraron en liza los viejos comunistas, que le atacaron recordándole el anticomunismo del PSOE, lo que había hecho

durante la guerra y lo que no había hecho después. Finalmente, entramos (dos alemanes y yo) los que habíamos tomado notas y teníamos algunas preguntas respecto a las posibilidades que tenía el camino que él había trazado. Concretamente, cuáles serían esas “parcelas de poder”, si creía realmente en la posibilidad de la democratización del estamento militar y algunas otras cuestiones del mismo tenor que ya no recuerdo. Pausadamente, sin ataques ni frases irónicas, como preguntas simples.

¿Qué hizo Felipe? Como respondió en bloque, se lanzó contra los comunistas alzando la voz, con una visiblemente falsa indignación, diciendo (más bien, gritando) que ya basta de vivir en el pasado, que hay que mirar al futuro para construir. Y de allí no salió. O sea, la intervención de los comunistas le sirvió para hacer exactamente lo contrario de lo que pregonaba: Centrarse en el pasado e ignorar a los que habíamos intentado “ayudarle” a construir el futuro.

Años después, con Felipe en el Gobierno, recuerdo que se extendió la especie de un supuesto magnetismo personal de Felipe, de un

poder de seducción como arma para conquistar al personal. Me acordé de una frase que pertenece a uno de los famosos sacamuélas que viajaban por el Oeste norteamericano, con una carreta vendiendo aguas milagrosas, crecepelos y demás. Decía este hombre que cada segundo nacían en el mundo no sé cuántos imbéciles y eso hay que aprovecharlo. Un atributo personal que, como he podido comprobar mil veces, nada tiene que ver con la clase social a la que el infante pertenece. De mí sé decir que no me ha sorprendido nada de todo lo que ha hecho Felipe (y dejado hacer a otros) desde entonces hasta hoy. El material humano que escogió para formar su primer gobierno me acabó de convencer respecto a sus propósitos.

Unos meses después Felipe volvió a dar otro mitin con el mismo acompañamiento. Pero esta vez sin micrófono en la sala ni oportunidad para intervenir. Algo desangelado que no recuerdo si soporté hasta el final.

Después fue la vez del PCE. Y no se le ocurrió cosa mejor que enviar a Ramón Tamames a dar el mitin, quizás porque pensaban que en Alemania

había que ser comedidos. Nos inundó de cifras, nos escamoteó la lucha de clases y no encontré nada que decirle, aunque allí sí se podía hablar.

También apareció por Alemania la ORT, convidada por el KBW, el Partido que intentó movilizar a los trabajadores en la fábrica donde yo trabajé, citado en el capítulo 9 de estas memorias. Yo aún tenía relaciones con ellos y me convidaron al evento. No fue en Frankfurt sino en otra ciudad que no recuerdo. Un gran salón con lleno de estudiantes. El primer orador, al que le pusieron un interprete, se lanzó a una diatriba contra el régimen, relatando casos de torturas, de luchas y de resistencia "heroica". Hubo un intermedio para descansar antes de que entrase otro orador, que fue aprovechado por los que habían organizado el acto para dirigirse a mí y pedirme que hablara con los españoles que habían venido y les dijese que no era eso lo que querían oír los asistentes, puesto que o lo sabían o lo imaginaban. Querían algo menos emotivo, que nos pintase la situación económica, la correlación de fuerzas existente y las perspectivas que ofrecía la situación a la ORT.

Con las mismas me acerqué a ellos, que estaban en una habitación contigua y le expliqué lo que me había dicho el alemán. Se quedaron algo desconcertados y comprendí que no tenían otro discurso. Acabaron como pudieron pero sin citar para nada lo sucedido.

En suma, recibí una visión de la realidad española desde una atalaya lejana, lo que tiene sus ventajas (no se recibe la influencia del día a día que distrae la atención sobre lo esencial) y sus inconvenientes (la pérdida de matices que enriquecen el contenido). Lo que sí quedaba claro era la debilidad de las fuerzas de la izquierda en general, lastrada por la influencia de la formación de las escuelas y universidades de la etapa franquista, que no hay que olvidar que se prolongó durante más de una generación. Es quizás ahora, cuando escribo estas líneas, que más se percibe el peso de ese lastre.

La empresa donde comencé a trabajar, Petzholdt Maschinenfabrik, era también una empresa pequeña, familiar, con unos 120 trabajadores, que construía máquinas para vender por todo el mundo. Aquí eran máquinas para

procesar la pasta del cacao y dejarla lista para el chocolate. El proceso es bastante más complicado de lo que se puede pensar a simple vista. El cacao, tal como sale del árbol tiene un sabor muy amargo y es muy trabajoso quitarle el amargor y la acidez que tiene. Son varias máquinas las que se necesitan para el proceso. Como en las anteriores, el taller con las máquinas (fresadoras, tornos, etc.) y los bancos de trabajo de los mecánicos estaba en la planta baja y el taller eléctrico en un piso superior. En el taller estábamos tres electricistas, uno de Baviera (he conocido muy pocos en Frankfurt, porque en general, la emigración interior es muy baja en Alemania) cercano a los 40, con mujer e hijos y otro soltero, borrachín, que había perdido ya hasta el carné de conducir, y la compañera, que, según él, le había largado cuando se quedó sin coche, actitud que él hacía extensiva a todas las mujeres. No tenían ninguna inquietud social ni les interesaba para nada “la política”, como dice este tipo de personas. Me di muy bien con ellos desde el principio. Llevaban juntos muchos años, y lo que le llamó la atención desde el principio fue la manera como se comunicaban entre sí, siempre por medio de monólogos. Por ejemplo, los lunes se

contaban el uno al otro lo que habían hecho el fin de semana. El de Baviera, más brutote, no dudaba en interrumpir al otro si se alargaba mucho, diciendo: “Venga, acaba, que ahora me toca a mí”. Tengo que decir que nunca había vivido una situación semejante.

Antes de seguir adelante con los acontecimientos en la fábrica, quiero detenerme un poco a exponer cómo era vida entre la colonia española, a través de mis experiencias personales. El sevillano que habitaba en el primer piso de la vivienda me tenía al corriente (quisiera yo o no) de las andanzas de los españoles de Bergen. Me presentó a algunos compatriotas y a veces nos juntábamos para merendar. La mayoría eran matrimonios con hijos, de edad mediana, entre los 40 y los 50 años. Los chicos se relacionaban más con sus compañeros de clase, la mayoría alemanes, y llevaban una vida totalmente diferente de la de sus padres.

La tónica general era que a Alemania se había venido a prosperar económicamente. Incluso llegué a oír a uno decir que Franco era bueno porque nos había dejado venir a “ganar dinero”.

Todos, menos el sevillano y yo (aunque por razones diferentes) hacían limpiezas después de salir del trabajo. Apenas si chapurreaban 4 palabras de alemán (el más pintoresco era el de los andaluces) y ninguno se apuntó a estudiarlo, a pesar de que era gratis. Alguno me dijo, con un cierto tono de orgullo que a su jefe le había dicho que aprendiera español si quería hablar con él. Tenían fama entre los alemanes de haber aprendido solamente el *nicht verstehen* (no entiendo) para eludir cualquier trabajo pesado o desagradable. Pero eso sí: rápidamente aprendieron los trucos para hacer la Declaración de la Renta, metiendo incluso parientes ancianos inexistentes, en complicidad con el Ayuntamiento de su pueblo, que enviaba el certificado. Era tal el abuso que el Gobierno alemán, allá por 1979 u 80, modificó las normas para impedirlo imponiendo condiciones más estrictas. Y la Iglesia española no los perdía de vista. Hasta en pequeños pueblos el confiado emigrante que iba de vacaciones se encontraba con que el cura del pueblo sabía de sus andanzas, sobre todo si el emigrante o algún hijo, se casaba con alguna protestante y no se “acordaba” de bautizar a sus hijos. En ese caso se

llevaba una buena reprimenda. Nunca llegué a descubrir cómo les llegaba la información.

Volvemos a la fábrica: Nuestro trabajo consistía en montar los cuadros eléctricos de las máquinas en construcción e instalar abajo, en las máquinas los cableados y los elementos necesarios a cada una. Como eso era lo mío desde hacía años, no necesité ayuda para nada y lo que se me encargaba hacer era lo mismo que ellos hacían, es decir, no había ninguna diferencia discriminatoria respecto a la complejidad o importancia de las tareas de cada uno. Con el tiempo sucedió lo de siempre, que yo estaba con un salario más bajo que el de ellos y hacía lo mismo. Así es que un buen día me dirigí al despacho del encargado del personal y se lo dije. Ya me había informado antes de los salarios en media de los mecánicos, que ganaban algo más que nosotros, con el fin de tener un elemento de comparación y para que supiese que estaba al tanto. Recibí una interesante respuesta, que no había oído hasta ese momento en parecidas circunstancias. Me contestó que el salario de cada uno no depende de su trabajo sino del concepto que tiene cada trabajador de su propio valor. “Es una cuestión de

la sensibilidad de cada uno” me dijo textualmente. En pocas palabras, si el trabajador no pide aumento es porque está satisfecho, independientemente de la mayor o menor complejidad de sus tareas, y sin tomar en consideración lo que otro esté recibiendo. Y si pide aumento, y el empresario está satisfecho con su rendimiento y su proceder, se estudia darle un aumento dentro de la escala que la empresa tiene marcada.

En consecuencia, me dijo que lo estudiaría. Cuando volví al taller y lo comenté con mis compañeros, el de Baviera me dijo sin cortarse un pelo, que si me aumentaban a mí el sueldo tenían que aumentárselo a él también para seguir manteniendo la distancia, porque al fin y al cabo él llevaba muchos años en la empresa. El otro no dijo nada, seguramente porque su “sensibilidad salarial” era otra. Dos meses después me subieron el sueldo y también a mi compañero de Baviera. Esto me sirvió para recordarle, cada vez que venía a cuento, que me debía a mí el aumento recibido.

Poco tengo que contar de aquella empresa, si no es un par de episodios que sacan a la luz el

carácter del trabajador alemán y sus relaciones con los emigrantes. En general, son muy caseros y poco amigos de hacer visitas. Dos años me costó que el de Baviera me convidase a visitarlo. En estos casos, quitan de en medio a los padres (si los tiene en casa) porque creen que molestan. Lo mismo hacen con los hijos pequeños. Es como si alrededor de la mesa sólo tuviese que haber personas de una misma generación para que todo vaya fluido y sin contratiempos. A mí me trataban todos bien porque, decían, yo era un español atípico, porque no vivía de realquilado en alguna casa medio en ruinas ni hacía limpiezas después del trabajo y sabía hablar y leer en alemán. Además compraba el periódico todos los días y cuando se enteraron, subían del taller a buscarlo para leerlo. A tal punto llegó la cosa que opté por poner un cartel al lado del periódico con los precios. Tanto por leer los deportes, tanto por la política y si se lo llevan para leerlo en el excusado, que se queden con él y lo paguen entero. Nadie se enfadó por la broma, en un país donde cuando se pide un cigarro a un compañero ya se va con las monedas en la mano para pagarlo y todos lo aceptan como normal. Pero naturalmente, lo tomaron por lo que era: Una broma. Otra de las

cosas que me llamaron la atención es el desconocimiento que tienen los obreros de su propia lengua. Como yo había estudiado las reglas de la gramática, sintaxis, ortografía, etc. me asombraba ver como asesinaban su idioma, tanto en sus expresiones orales como en las escritas. Es como si hubiese un idioma para la gente culta y otro para el pueblo.

El borrachín seguía un ritual: cuando llegaba al trabajo, se subía una botella de cerveza y la colocaba en el radiador de la calefacción, porque la tomaba caliente. Cuando se terminaba bajaba a por otra y así durante toda la jornada. Se murió la dueña de la fábrica y cerraron para ir todos al entierro y después a una comilona en el restaurante del Jardín Botánico. Roto su ritmo, el borrachín se nos cayó al suelo medio desmayado a eso de las diez de la mañana, camino del cementerio. El otro compañero nos dijo cual era el remedio. Lo llevamos en volandas a un kiosco de bebidas cercano y le dimos una botella de cerveza, con la que enseguida se animó.

En Alemania, pasando de una cierta edad, se puede ir al médico para hacer lo que llaman una cura, en alguno de los sanatorios que hay en la

montaña, donde está prohibido beber y fumar, y hay que llevar un estricto calendario de ejercicios, baños, masajes, etc. durante 40 días. El borrachín (tengo que seguirlo llamando así porque no recuerdo el nombre) se sometió en el tiempo en el que estuve allí a dos curas de ese tipo. Volvía nuevo, con otro color de cara y otra disposición de ánimo. Antes de transcurrir una semana empezaba de nuevo con su ritual. La primera vez, le dije que no me parecía bien, que arruinaba los efectos de la cura. Me respondió tranquilamente que la cura era precisamente para poder continuar bebiendo.

Hubo otro episodio que me dejó realmente estupefacto. Uno de los mecánicos tenía en su casa un verdadero museo del nazismo. El aniversario del nacimiento (o la muerte, que no recuerdo) de Hitler amanecimos con tres altavoces colocados en las alturas del taller en el que tuvimos que escuchar todo el día discursos de Hitler a todo trapo. Además se trajo dos maniqués con uniformes de cuerpos del ejército nazi y los colocó a los lados de su puesto de trabajo. Yo me insurgí contra aquello y se lo dije al representante sindical, pero me dijo que lo había autorizado la

Dirección y no podía hacer nada. En su casa, que visité por curiosidad, haciendo de tripas corazón, tenía todo lo imaginable en tres o cuatro salas. Proclamas, medallas, uniformes, maquetas de aviones y barcos, carteles...

Yo seguía manteniendo los contactos regulares con los muchachos de Arbeiterpolitik y en una ocasión viajé con ellos a Hamburgo, donde se celebró una Asamblea del grupo. Lo que más me llamaba la atención es que no había uno o una que no tuviese en su casa una gran biblioteca. En todas estaban las Obras Completas de Marx y Engels, conocidas como *Marx-Engels Gesamtausgabe (MEGA)*, una obra en construcción que debía de andar entonces por los 30 tomos o así. Se trata de algo así como una enciclopedia, que dedica los últimos tomos a recoger citas de los textos que están en los tomos anteriores y colocarlas por orden alfabético, detallando el tomo en que se encuentra la cita, la obra que la contiene y el año de publicación. Lo que esto tiene de malo, a mi parecer es que permite a cualquier escritor que quiera reforzar una tesis con una cita de Marx o de Engels, buscar esa cita en el índice citado y colocarla en su texto poniendo la

referencia a la obra en que se encuentra, lo que da la impresión de que te encuentras ante un conocedor de toda la obra. Cuando vi esto, me pregunté cuantos serán los “marxistas” que emplean ese procedimiento.

Llegamos al año 1977. La ruptura con mi compañera, de la que siempre me consideré responsable, quizás porque vivíamos cada uno en nuestra casa y no nos veíamos todos los días me fue despuntando un carácter posesivo, que yo antes desconocía. Fue en julio de 1979 cuando decidí despedirme del trabajo, recoger los trastos y volver a España.

Nueva caminata, nuevo capítulo.